

Sobre exilios y reinos (Notas) críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana

Agustín Cueva

1. La profecía desterrada

Voy a referirme particularmente a la sociología sudamericana y a su presunta crisis teórica, pero desde un punto de vista heterodoxo, tal vez un tanto pesimista, irrespetuoso en todo caso de aquella norma que recomienda no mencionar la cuerda delante de los ahorcados.

En lugar de sumarse a la conocida leyenda de unos paradigmas malos, estrechos e insuficientes, que un santo día "explotaron" al entrar en contacto con una realidad pletórica, compleja, irreductible a cualquier "esquema" —incluidos los "esquemas" de todas las grandes teorías sociológicas—, quisiera empezar recordando que en América del sur las cosas sucedieron de muy distinta manera. La sociología radical, totalizante, crítica, con una perspectiva analítica centrada en el subdesarrollo y la dependencia y provista de una propuesta explícita de cambio estructural de nuestras sociedades, que caracterizó al periodo que aproximadamente va de 1965 a 1975, no sucumbió ante el solo peso de sus contradicciones y limitaciones teóricas (que por supuesto las tuvo), sino que fue víctima de una de las *contrarrevoluciones* culturales (y desde luego políticas) más violentas de la historia latinoamericana. Infinidad de facultades y escuelas de sociología y de ciencias sociales en general fueron clausuradas; millares de intelectuales que en ellas trabajaban fueron perseguidos "desaparecidos", forzados al exilio o, lo que a veces es peor, reducidos al silencio o al discurso ultracrifrado; hubo bibliotecas quemadas, copiosas listas de libros prohibidos y, sobre todo, se difundió un terror penetrante que tornó superflua a la propia censura: la autocensura hizo sus veces, y muy eficientemente.

En algunos casos, como el de Brasil, los militares simplemente cortaron culturalmente al país del resto de Latinoamérica. Paradoja de la historia: entre 1964 y 1979, mientras esa nación adquiría

para nosotros corporeidad y presencia casi cotidiana a través de sus brillantes intelectuales exiliados, para los brasileños "del interior" nosotros apenas éramos un perfil fantasmagórico, para no decir una pura ausencia. De hecho, ni los mismos intelectuales brasileños del exilio eran conocidos en su tierra, en parte porque la censura dictatorial lo impedía y en parte también —aunque de pena decirlo— porque sus colegas del interior al principio no querían correr el riesgo de difundirlos y, después, cuando el riesgo había desaparecido, preferían reinar sin concurrencia. En todo caso, el corte cultural fue intenso y las ciencias sociales brasileñas están profundamente marcadas por él: la sociología radical, revolucionaria, terminó con la generación que tiene de 45 años para arriba.

En otros países la fisura se sitúa en un tiempo más cercano y varía en intensidad. Aun así, cuando uno visita Argentina, Uruguay o Chile, los hiatos y lagunas son perceptibles. A partir de cierto punto la memoria sociológica se llena de cortes, de *lapsus*, de temas-tabú y de "leyendas negras" sobre el pasado reciente, en las que no siempre es posible separar la parte proveniente de la "imaginación" militar, de la que corresponde a elaboraciones de algunos colegas autodenominados "renovadores". Sobre el silencio forzado del pensamiento revolucionario, a una y otros les resultó relativamente fácil reinterpretar a su antojo la historia precedente.

Esto no quiere decir, ya lo aclaramos, que la sociología que hemos denominado radical (a falta de un mejor nombre genérico), hubiese sido perfecta ni mucho menos. Si tuvo que partir al exilio es justamente porque su profesía de una nueva sociedad terminó siendo una promesa incumplida. ¿Fin de la Gran Utopía? Sí y no. Recordemos que de los acontecimientos de Chile, particularmente, se extrajeron conclusiones que iban en dos sentidos.

*Ponencia preparada para el Primer Encuentro Latinoamericano y del Caribe de Científicos Sociales sobre el tema "Los desafíos del Siglo XXI y la formación del Sociólogo en América

Latina", organizado por la Escuela de Sociología de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 26-29 de octubre de 1988.

Por un lado, el eurocomunismo, en términos políticos, y el "gramscianismo", en términos teóricos, abrieron las puertas para lo que a la postre sería la socialdemocratización del pensamiento sociológico latinoamericano, con asiento principal en Sudamérica y sobre todo en los países de fuerte experiencia dictatorial.

A la altura de 1979 esto era ya bastante claro, como visible era, *por otro lado*, que las banderas revolucionarias habían sido retomadas en Centroamérica y se izaban, triunfantes, en Nicaragua. ¿Qué paradigma de pensamiento y de acción se había entonces agotado y en favor de qué sustituto exactamente? El proceso, como siempre, era a la vez desigual y dinámico. Lo vetusto y lo errado iban quedando, cual es natural, de lado; pero lo novedoso y moderno no se identificaban forzosamente con el solo intento de restauración "democrática" del capitalismo, por mucho que tal sea el proyecto en el que luego los intereses harán énfasis.

Lo nuevo brotaba a raudales en América Central, impulsado por remozadas corrientes y actores sociales: un nacionalismo antiimperialista adaptado a las circunstancias actuales; una concepción popular del cristianismo expresada en la teología de la liberación; una socialdemocracia radicalizada como la de El Salvador; un marxismo que no por pluralista renuncia a la revolución ni reniega de su herencia leninista; una inacostumbrada participación de la mujer, y de los grupos indígenas como en Guatemala.

Parteaguas claro en medio del torbellino de finales de la década de los setenta y comienzos de la de los ochenta, que, para el tema que nos ocupa, es también una línea divisoria entre dos vertientes: la de la sociología sudamericana, de una parte, y de otra la de Centroamérica. Es el itinerario predominante en la primera que vamos a seguir enfocando.

2. Hacia una nueva institucionalización

Profeta de ayer, exiliado de hoy (fuera de su país aunque en ocasiones también dentro de él), el sociólogo de determinada generación, que hoy oscila entre los 50 años, no devino sin embargo un paria. Y hubo razones para ello. Después de todo, se trataba de un profesional no sólo de alto nivel sino además ecuménico: poseedor de una buena formación teórica, las más de las veces adquirida en Europa o en Estados Unidos poseedor, igualmente, de una cultura general bastante amplia, herencia del ambiente de los años sesenta, sobre todo; capaz, en fin, de comunicarse regularmente en castellano, sin pasar por esa especie de germanía sociológica que ulteriormente proliferará.

Era, pues, parte de una élite que no se podía desperdiciar.

Perseguida por los militares y otros entes de derecha, y desde luego por las fuerzas más retrógradas del Imperio, aquella élite no tardó, empero, en enrolarse en ciertas instituciones y organismos internacionales, así como en conseguir el apoyo de fundaciones de los mismos Estados Unidos y, con mayor razón, de Europa Occidental. Hacia finales de los años setenta no sólo había ya infinidad de proyectos financiados por dichas fundaciones, sino que además los centros patrocinados por ellas brotaban por doquier. Si hasta hace un lustro el sueño de todo sociólogo sudamericano había sido el de convertirse en guerrillero, ahora, su mayor anhelo consistía en montar *su* proyecto y, de ser posible, abrir *su* centro de investigación.

De esta suerte, la pesquisa y la enseñanza de ciencias sociales, que hasta hace diez o quince años se realizaban casi exclusivamente en las universidades, especialmente estatales, fue privatizándose. ¿Significó ello una mayor independencia o tal vez una nueva y más grande atadura para el sociólogo?

Descartemos, para empezar, uno de los mitos más difundidos y al mismo tiempo infundados: el de que con ello la sociología latinoamericana hubiese ganado independencia frente al Estado. Si los regímenes fascitizantes de los años setenta arremetieron de la manera en que lo hicieron contra los principales centros universitarios de enseñanza e investigación sociológica del continente, es justamente porque la burguesía no había logrado convertirlos en reales aparatos ideológicos de Estado. O, si se prefiere decirlo de manera más cruda, porque aún no había conseguido domesticar a nuestras ciencias sociales. A falta de una "hegemonía" que culminase con la correspondiente cooptación, la coacción se tornaba necesaria: dialéctica trágica, pero que pone en evidencia cuán poco dependían, hasta entonces, las ciencias sociales latinoamericanas de los respectivos Estados.

Por otro lado, resulta iluso imaginar que el ligamen de cada proyecto y centro privado con sus patrocinadores (por más "organizaciones no gubernamentales" que estos sean) es una relación que no tiene otro cordón umbilical que el de la solidaridad. Y no es que pretendamos negar las buenas intenciones, el humanitarismo y hasta la generosidad e incluso amistad personal que puedan estar por detrás de cada apoyo concedido a tales proyectos y centros; lo único que nos proponemos recordar es que la actitud humanitaria no se opone a la rentabilidad política, del mismo modo que la amistad no necesariamente obliga al amor ni al

matrimonio, pero tampoco los excluye.

3. Los primeros efectos de la privatización

Luego nos referiremos a los "idilios" que de estas nuevas relaciones surgieron. Por el momento señalemos que, quíerase o no, la privatización de las ciencias sociales de la región, sea por la vía señalada o por otras similares, cambió las condiciones de trabajo y las maneras de percibir la propia profesión. Primero, encerró físicamente a los sociólogos en torres de marfil, más o menos confortables según el caso, pero siempre alejadas del mundanal ruido, siquiera estudiantil. ¿Se forjaron así loables remansos de paz, propicios a una más profunda y serena meditación?

En general, no me siento muy inclinado a apreciar esta concepción cenobítica del quehacer sociológico y hasta encuentro un tanto deprimente —para no decir decadente— el ambiente intelectual que en tales *ghettos* se crea. Y, a juzgar por el caso que conozco más de cerca —el de México—, no me parece nada evidente que en los llamados "centros de excelencia" se produzca más y mejor que en la UNAM, por ejemplo. Algunos de esos centros simplemente son estériles.

Sea de ello lo que fuere, una cosa es cierta: dicha privatización contribuyó a la creación de un *sentimiento elitista* entre los sociólogos, que pronto empezaron a renegar de su pasado "populista" (en adelante, éste será el sambenito aplicado a todo lo popular que se rechaza). Proceso de "elitización" que se nutría, por lo demás, de la dinámica de una América Latina en crisis que, en todos sus niveles, desde el mercado de bienes materiales hasta el campo de la educación, tendía y tiende a estratificarse con insólita rigidez.

4. El comienzo de la "taylorización"

Por otro lado, es innegable que el sistema de presentación, eventual aprobación, realización calendarizada y control final de cada proyecto, aplicado a todo nuevo recluta, termina por imponer cierto tipo de *taylorización* al trabajo sociológico, imprimiéndole además un "estilo" fácil de reconocer. El ámbito de la creatividad, de la imaginación, sin duda se reduce, y el espacio crítico también. Seriedad, "excelencia" y sobre todo cientificidad, se convierten en sinónimos, no de una inmersión en la realidad profunda, cual sería de desear, sino de una estancia en las manifestaciones aparentes, en la empiria pura y llana, en la minuciosa cuantificación de lo insignificante.

En los casos extremos, dicha estancia va acompañada, para rematar, de una justificación científicamente

bárbara. Como me decía algún colega: "hace diez años, los sociólogos hablaban por la realidad; hoy estamos dejando que ella se exprese por sí sola". Bárbaros, y además inconsecuentes: si están convencidos de la verdad de su postulado, ¿qué esperan para cerrar los centros que dirigen?

En el curso de esta privatización se pasa, igualmente, del espíritu del libro (o del artículo) al del *informe*. Antes que a comunicarse con un público más o menos amplio, antes que a incidir en la opinión nacional o siquiera en parte de ella, se busca cumplir con determinados requisitos institucionales. Un preámbulo ("marco") más metodológico que teórico; algunas hipótesis por regla general anodinas, sobre todo en el plano político; un mar de datos susceptibles de ahogar a cualquier *honnête homme*; un conjunto de "conclusiones" tan irrelevantes como las hipótesis en las que ya venían incluidas: he ahí el esquema típico del *informe* que garantiza la aprobación de la siguiente "etapa" del proyecto, o de uno nuevo. Todo ello, disimulado tras una jerga que ciertamente no facilita la comunicación (¿quién lee esos aburridos informes?), ni precisa nada, pero sirve, en cambio, para reafirmar aquel sentimiento de élite y reforzar cierto *esprit de corps*.

5. El idilio socialdemócrata

¿Desideologización de las ciencias sociales? Yo diría que todo, menos eso. Por encima del productor "taylorizado" (grado cero de imaginación), queda desde luego un selecto Estado Mayor que sigue encargándose de una producción teórica que, aunque menos original que en el pasado, mantiene un nivel de reflexión bastante bueno y, sobre todo, es altamente funcional para el momento actual. Hay, por supuesto, una nueva orientación: se hace 10 ó 15 años la preocupación central era el *cambio estructural*, ahora el tema favorito es el *orden*; si antes se trataba de una sociología *crítica del sistema*, hoy es cuestión más bien de una sociología *apologética*.

¿Triunfo del conservadurismo? No y sí. No, si por conservadurismo entendemos a la *nueva derecha*, cuyo pensamiento se genera, hasta ahora, en ámbitos intelectuales que no son los de la sociología. Sí, en la medida en que muchos de los antiguos pensadores marxistas se han convertido en socialdemócratas (con toda la carga de *antimarxismo* que dicha conversión implica); y más todavía en la medida en que la socialdemocracia tiende a adquirir una dimensión conservadora en lo económico y social, en las actuales condiciones de América del Sur.

El avance del pensamiento socialdemócrata entre nuestros sociólogos no obedece, obvia-

mente, al solo idilio —por lo demás inocultable— entre ciertos investigadores y centros y las fundaciones extralatinamericanas que los patrocinan. Se trata de un proceso bastante más complejo, en el que mucho pesan las frustraciones de los años setenta, incluso con respecto al marxismo desde determinado momento; el escarmiento que sí terminaron por imponer las dictaduras de Brasil y el Cono Sur, por mucho que el discurso más beato de la izquierda se niegue a reconocerlo; el resquemor y al mismo tiempo la impregnación de cierto ambiente conservador característico de la década de los ochenta; el aspecto moderno y a la par humanizante que presenta la socialdemocracia, al menos en la esfera estrictamente política; y todo esto, en una coyuntura en que las ideologías *locales* y *nacionales* de Sudamérica parecen ser barridas por el vendaval transnacionalizador.

Vivimos, en efecto, en América del sur, una etapa de auge de las organizaciones y partidos socialdemócratas. Más sucede que en esta región tal corriente tiene que habérselas no sólo con un contexto de subdesarrollo y dependencia, sino también con una profunda crisis económica cuya salida, por el momento al menos, nadie atisba. En semejantes condiciones, lo que termina por desarrollarse es una *sui generis* socialdemocracia *sin estado de bienestar*; es decir una socialdemocracia que (icruel ironía en sociedades como las nuestras!) ha sido amputada precisamente de su dimensión social.

Por esto, la tarea de la sociología de inspiración socialdemócrata no es nada sencilla. Tiene que convertirse en una teoría de la democracia, pero de una democracia pura, abstracta, principista y casi ahistórica, en un continente de masas familiares e intelectuales de tradición jacobina. Tiene en definitiva, que adorar a un dios blanco en tierra de indios. De espaldas a los principales problemas que nos agobian, o sea el subdesarrollo y a la dependencia y, lo que es peor, tratando de convencernos de que estos "temas" (sic) ya pasaron de moda y, en los casos extremos, intentando inculcarnos a como de lugar una visión "posmoderna" de la realidad, esa sociología adquiere inequívocos perfiles de una teoría del orden (del orden capitalista, se entiende), de un discurso apologético de una democracia ritual.

6. El proceso de reoccidentalización

Por lo demás, y dentro del movimiento pendular que caracteriza a la historia ideológico-cultural de nuestros países, que ora gira en una dirección autonomista, centrípeta, y ora en la dirección opuesta, "occidentalizante", centrífuga, la tendencia hegemónica de nuestra actual sociología

va más bien en el segundo sentido, al menos en el plano de la teoría. Incluso cuando no insiste en el *leit motiv* de la posmodernidad, su discurso es un eco fácilmente reconocible del discurso europeo y, en menor medida, del discurso estadounidense.

¿Movimiento independiente de determinadas tomas de posición políticas? Claro que no. Ya en el debate "eurocomunista" de finales de la década pasada se perfilaba nuestra "occidentalización" (los "euros" obviamente no consideraban que América Latina formase parte del "Oriente" gramsciano); "occidentalización" que entre otras cosas pasaba por la deslenización del marxismo, preludio de la desmarxistización *tout court*. Luego, la violenta arremetida militar, política e ideológica de "Occidente" contra el Tercer Mundo, en la década de los ochenta, hizo mella en muchos de nuestros intelectuales, en particular del gremio de sociólogos, quienes prudentemente se alejaron, en el plano conceptual y político, de esa órbita satanizada. La socialdemocratización hizo el resto. Como ha dicho Felipe González: "cada día va ganando terreno la idea de que América Latina es la región del mundo que más rasgos comunes tiene con Europa. Es parte del propio interés europeo disminuir la temperatura política de América Latina ayudando al progreso económico de ésta y reforzando los valores occidentales en la región" (*Newsweek*, mayo 23, 1988). Dicho progreso no lo vemos todavía por ningún lado, mas el robustecimiento de estos valores en algunos círculos intelectuales es un hecho innegable. Elliott Abrams lo señaló recientemente como uno de los grandes éxitos de la administración reaganiana.

7. La burocracia en acción

Idéologie oblige, pero maquinaria burocrática también. Junto a esa red de proyectos y centros privados ligados a fundaciones internacionales, a que ya nos referimos, está el enorme tejido burocrático criollo creado alrededor de las ciencias sociales latinoamericanas, que fue adquiriendo una mayor omnipotencia en razón directa del embate sufrido por las escuelas y facultades de sociología (bajo regímenes militares especialmente) y de la asfixia económica impuesta a las universidades estatales, aun bajo ciertos regímenes supuestamente democráticos.

Aquella burocracia sigue, desafortunadamente, la trayectoria ya conocida de muchos aparatos: creada inicialmente como instrumento al servicio de una causa (en este caso, la promoción pluralista y liberadora de las ciencias sociales en América Latina), termina finalmente sirviéndose de ella,

utilizándola hasta el punto de convertirla en instrumento de los designios particulares de un grupo de burócratas cuyos intereses se tornan tanto más divergentes de los de sus supuestos "mandantes", o "bases", cuanto que el exsociólogo convertido en funcionario no es ni más ni menos que eso: un exsociólogo cuya producción, si alguna vez existió significativamente, es cada día menor o más deplorable. Además, claro está, de los privilegios "posmodernos" de que goza, y que nada tienen en común con las angustias y tribulaciones cotidianas de la "infantería" sociológica.

En todo caso, esa burocracia ejerce un control cada vez más férreo y excluyente y pesa de manera decisiva en la orientación ideológica y teórica de las jóvenes generaciones. Impone un estilo de hacer ciencias sociales, privilegia algunos temas en detrimento de otros, lleva el agua a su molino político, controla todo. En momentos de crisis económica, como el actual, ese control tiende a ser mucho más eficiente. La única oportunidad de publicar en revistas, especializadas o no, pero que cada día escasean más; de editar libros, "hazaña" casi imposible para un "desconocido" que carezca de patrocinio institucional o de buenas relaciones familiares; de viajar y asistir a eventos internacionales, ahora que las universidades públicas están con la soga al cuello y los sueldos de las capas medias intelectuales por los suelos; en fin, de tener contactos e incorporarse a un medio intelectual más amplio que el de su parroquia; la única manera de conseguir todo esto, decimos, para un joven (y también para muchos ya no tan jóvenes), es a través del sometimiento a las reglas de juego impuestas por la burocracia: bailar al son que le tocan, o quedar excluido de antemano del festín oficial de los sociólogos.

8. La crisis y el ocaso de la teoría

El horno no está para bollos. El Estado, gran empleador de otra época, tiene que recortar los gastos sociales y, querámoslo o no, los sociólogos formamos parte de aquellos gastos. La desocupación amenaza al gremio: incluso hay ya un ejército sociológico de reserva. Los aspirantes a "cientistas sociales" lo saben y por eso las carreras de sociología de las universidades públicas tienen cada vez menos candidatos.

Pero no es únicamente un problema de número, lo es también de orientación. A medida que los grandes espacios se cierran, los miniespacios tienen que abrirse: la especialidad primero, la ultraespecialidad después, parecieran ser los únicos medios de asegurar una posibilidad de empleo. Y, junto con ellas, está el ansia de un intenso entrenamiento técnico.

¿Formación de especialistas de alto nivel? Ojalá lo fuera. En países subdesarrollados como los nuestros, la división interna del trabajo sociológico no puede estar tan, pero tan adelantada con respecto a la división general del trabajo social. Se trata más bien de una estrategia de sobrevivencia, de una "especialización" que se parece más a las destrezas del sector "informal" que del sector formal. Las más de las veces, lo único que se conforma por esta vía es una "infantería" sociológica: en contraste con los cuerpos de élite de ciertos centros "de excelencia", tenemos un ejército de recolectores de datos que en el mejor de los casos serán capaces de presentarlos sistemáticamente, pero que jamás osarán interpretarlos y, menos todavía, arriesgar hipótesis que impliquen una perspectiva crítica. Ello lo saben, y si no saben lo instuyen, que en épocas de crisis el sistema no está para críticas. En tiempo de los "milagros" económicos, o de *booms* como los del petróleo, el Estado burgués hasta pagaba para que lo criticasen: cuando hay algo que repartir, toda crítica parece constructiva. Pero hoy están lejanos esos tiempos en que se podría cobrar con la mano derecha y escribir con la izquierda. . .

Además de ingresar en menor número a las carreras de sociología, los propios estudiantes exigen pues, una enseñanza más "práctica", más tecnificada. Muchas veces, la teoría no sólo les parece un lujo sino un lujo peligroso. Así como un postulante a obrero de fábrica va a parecer sospechoso si se presenta blandiendo un título universitario, asimismo el joven sociólogo va a tener que enfrentar de entrada la mirada inquisidora del burócrata empleador si llega acompañado de un *curriculum* cargado de materias "especulativas".

En fin, el horizonte teórico (y cultural) se cierra todavía más en la medida en que los jóvenes sociólogos de hoy son hijos de una sociedad ya dominada por los medios de comunicación colectiva, especialmente la televisión. Y no es que esos medios sean de por sí nocivos —todo lo contrario— sino que ellos llegan a América Latina *antes* de que hayamos realmente introyectado ciertos hábitos saludables como el de la lectura cotidiana y la reflexión sistemática. En los países desarrollados, aquello es *además de esto*; entre nosotros, es *en vez de*.

Privados de una sólida formación teórica, los flamantes sociólogos están así, muchas veces, privados también de un marco sólido de referencia cultural. Son la perfecta *masa acrítica* que el sistema necesita para reproducirse en un momento histórico en el que ciertamente tiene muy poco que ofrecer.

9. ¿Crisis de los "grandes" paradigmas o crisis de la "pequeña" realidad?

Como se ve, hemos preferido mostrar, hasta aquí, cómo el devenir del pensamiento sociológico sudamericano, en sus flujos y reflujos, en sus líneas de fuerza y en sus flancos débiles, en los perfiles de los temas que privilegia y hasta en las lagunas que intencionalmente deja, está marcado menos por la lógica interna y autónoma de la teoría que por los avatares políticos, sociales, ideológicos y económicos de la sociedad en la que se inserta.

En este sentido, no parece deberse a la casualidad el hecho de que cierto "paradigma" sociológico basado en el análisis de las clases sociales, de las formas cambiantes de dependencia con respecto al imperialismo, de las estructuras básicas del subdesarrollo y de las modalidades de dominación política e ideológica que todo ello crea, desapareciera precisamente en los países donde la izquierda había sufrido severas derrotas y donde, casi huelga decirlo, las dictaduras militares no sólo no resolvieron los problemas revelados por el aludido "paradigma", sino que los agravaron. ¿Cómo se explica entonces el abandono de estos "temas" y su sustitución por un vago discurso *culturalista*, por una teoría de la democracia voluntariamente desprovista, como ya se vio, de contenidos sociales y, finalmente, por un equívoco *pathos* en torno del eje "modernidad-posmodernidad"?

No hagamos de la miseria fortuna. Se trata, en primer lugar, de un claro *reflujo teórico* originado en una derrota político-militar. Están las influencias teóricas europeas, desde luego, y dentro de éstas los famosos temas de la crisis del marxismo y del agotamiento de "todos" los paradigmas de aspiración totalizante. Queda por explicar por qué razón estas influencias tuvieron un éxito resonante en el Cono Sur y casi ningún eco en América Central. Los intelectuales conosureños afines a la "renovación" explican la diferencia recordándonos que sus sociedades son más "europeas" y desarrolladas que las del istmo centroamericano y poseedoras, además, de una mayor tradición democrática. No es el caso entrar a discutir aquí este sentimiento de superioridad nacional. Como se dice en portugués, *nenhum macaco olha seu rabo*.

Pero no respondamos a un simplismo con otro. Es bien verdad que los años ochenta han sido muy complejos en el mundo entero, y desde luego en Latinoamérica. El pensamiento neoconservador ha retomado la iniciativa histórica que la gran burguesía parecía haber perdido hace casi veinte años, y sus políticos han conseguido poner en jaque, por doquier, a las fuerzas progresistas. En contraste, los países y movi-

mientos socialistas han atravesado por una fase crítica y hasta de reflujo, mientras los movimientos de liberación nacional en el mejor de los casos han conseguido mantener las posiciones alcanzadas hacia fines de la década precedente. Incluso los denominados *nuevos movimientos sociales* han experimentado un estancamiento. Sólo en los dos últimos años la tendencia parece comenzar a revertirse con la ágil política internacional (e interna) de Gorbachov, la probable solución de los conflictos regionales en términos favorables al Tercer Mundo, el renacimiento de ciertas fuerzas nacional-populares, como en México, de algunos movimientos sociales, como el estudiantil, y el relativo fracaso (por lo menos en cuanto a conseguir el *roll-back*) de la política belicista de Reagan.

Dentro de este intrincado panorama, sin grandes perspectivas de cambios radicales de contenido popular, es verdad que el marxismo no podía menos que ir perdiendo terreno. Y es cierto también que no sólo la socialdemocracia sino incluso, en ocasiones, la democracia cristiana, han aparecido como un mal menor frente al militarismo o a la "nueva derecha". Lo que es más significativo aún, se ha convertido en un lugar común el recordarnos a los latinoamericanos que nuestro destino no consiste en escoger entre varias esperanzas, sino de distintos males el menor. Como se dice en un reciente número de la revista *Newsweek* (septiembre 5, 1988):

For Guatemalans today, civilian rule under Cerezo may not be what they had hoped for, but all the alternatives seem to be worse.

Lo mismo se ha dicho de Sarney, lo mismo de Alfonsín. Los militares son la espada, estos civiles la pared; la democracia es el espacio que separa a las dos.

En esta coyuntura tan poco halagüeña, el discurso posmodernista intenta abrirse un sitio como teoría del "desencanto" y de la "madurez". Nos habla del necesario "enfriamiento" de la política, del fin de los "fundamentalismos" y la consiguiente "secularización" ideológica, del relativismo, el pragmatismo, la incertidumbre, la desilusión. Si la política, tal como la hemos entendido siempre los latinoamericanos, resulta ser una "pasión inútil", un poco de conformismo no viene mal.

Pero resulta que esta postura finisecular, con su restaurado *spleen*, con su tedio y su elitismo refinados, con su aire *blasé* y decadente, con sus precursores y teóricos del nazismo redivivos (Nietzsche, Heidegger, *und so weiter*), con su discurso tanto más *nonchalant* cuanto que transpira riqueza, saciedad y hastío por todos los poros, no sólo que no acaba de convencernos sino que

no acabamos de entenderla. Es rubia, demasiado rubia para el cholero, la indiada, la negrada y el peladaje de este continente. En los propios intelectuales criollos que lo defienden todavía hay algo de postizo: aún no han conseguido arreglarse un talante, una *allure* que encarne con soltura sus nuevos tormentos metafísicos.

Al contrario de lo que el discurso posmodernista asevera, la época actual está lejos de marcar el fin del activismo político *en general*. Reagan y los suyos no son precisamente un grupo de abúlicos, ni cabría acusar de “dejadez” a la señora Thatcher. El activismo que ha declinado es, obviamente, el de los que han —¿hemos?— perdido el tren de la historia.

Igualmente, la década de los ochenta dista mucho de ser esa entidad fragmentaria, atomizada, escéptica si es que no aséptica, en la que sólo quedaría lugar para relativismo y visiones parciales, astilladas y efímeras de la realidad. El pensamiento de la Nueva Derecha, por ejemplo —que no es ningún hecho político-cultural marginal—, ha logrado elaborar en los 10 ó 15 últimos años un discurso caracterizado no solamente por un alto grado de congruencia, sino, también, por su índole totalizante, holista, omnicompreensiva que incluye desde una explicación (*su* explicación, claro está) del proceso histórico que ha conducido a la crisis presente del capitalismo, hasta un recetario, bien conocido, para salir de ella. Hay en este discurso, que es a la vez filosófico, económico, político y por supuesto sociológico, una idea bastante elaborada del hombre, de la sociedad, de la estructura formal e “informal” de ésta, del Estado y sus funciones “naturales” y “antinaturales”, del mercado (*deus ex machina*, cual debe de ser en la más pura ortodoxia capitalista); así como una concepción harto precisa, y consecuente con todo lo anterior, de la relación entre lo natural y lo social (sociobiología). Visión del mundo pujante y omnipresente, no atraviesa únicamente los distintos campos disciplinarios, sino también los distintos espacios nacionales, unificando, a veces cansinamente, el discurso neoconservador desde Washington hasta Lima, desde Londres y París hasta México o Guayaquil. Siempre a la ofensiva, tiene además posiciones inequívocas que señalar en cada una de las grandes contiendas de nuestro tiempo: sabe muy bien la *democracia* que quiere, con sus contenidos y límites, conoce perfectamente el tipo de *modernización* que le conviene, distingue sin problema quienes son sus amigos y cuales sus enemigos.

Ahora bien, el hecho de que un discurso teórico-político como éste no sólo sea posible sino además necesario —para el capitalismo se entiende— a estas alturas del siglo XX, muestra, a nues-

tro juicio, al menos tres cosas. Primero, que la idea de que *todos* los paradigmas globalizantes están desacreditados o en declive es falsa. Segundo, que la afirmación de que aspirar a comprender la totalidad social es algo típico del pasado (de una “modernidad” a la que la “posmodernidad” ha tornado caduca) es más falsa todavía. Y tercero, que la cuestión de la teoría —filosófica, sociológica o lo que fuese— no puede estar desvinculada de un proyecto y de una problemática de naturaleza política.

10. Navegar es necesario, teorizar sociológicamente no

Nada obliga, sin embargo, a que la sociología se comprometa con los grandes problemas de su tiempo, que ante ellos tome partido. Si desea, supongamos, agazaparse indefinida o permanentemente en los intersticios de la más pura empiria, puede hacerlo tranquilamente. Mesías de los años sesenta, el sociólogo latinoamericano puede terminar siendo, si lo decide, el auxiliar de burócrata del próximo milenio. No por eso la sociedad va a dejar de pensarse a sí misma, de mirar desde cierta altura sus problemas, de escrutar el sentido de las luchas que acontecen en su seno, de medir la dimensión de sus anhelos. La totalización se hará a través de la filosofía, de la economía, de la propia poesía, como ya ha ocurrido en Latinoamérica. Y desde luego a través del pensamiento político.

Igualmente, si el sociólogo latinoamericano decide ser un agente de “occidentalización” antes que un intérprete de la problemática genuina de su pueblo, está en su derecho. España lo espera en 1992 para celebrar lo que hoy se denomina “encuentro de dos mundos” y que nosotros, en la época *preposmoderna*, llamábamos conquista y colonización. Nada de esto impedirá que los ríos profundos de América Latina sigan su cauce ni que las nevaduras de las cordilleras dibujen nuestra original orografía.

Es verdad que en el momento actual la ciencia social ya no tiene paradigmas *absolutos* (si alguna vez los tuvo). Primero, porque como parte de una cultura universal participa de un acervo de conocimientos que ha pasado a ser patrimonio de la humanidad. Segundo, porque en la última década, especialmente, la línea que separa a un “paradigma” teórico de otro no coincide más, de manera necesaria, con cierta división de las aguas políticas: para poner un ejemplo, hay muchos “marxistas” de centro y muchísimos cristianos de izquierda. Tercero, debido al inmenso aporte cultural que últimamente han hecho los distintos movimientos sociales particulares (minorías étnicas, grupos de

mujeres, ecologistas, etcétera), no como alternativas opuestas a los movimientos de liberación sino como parte de su torrente creativo. Cuarto, porque todo "paradigma" no es más que un esquema teórico —esquema en el mejor sentido del término— frente al cual —perdon por retomar la manida metáfora— "siempre será más rico el árbol de la vida".

Sólo que, para acercarse a esta riqueza no bastan, en el campo de la sociología por lo menos, ni la pura intuición ni la simple empiria. Nos agrada o no, es necesaria una *rigurosa* formación teórica, la cual *excluye el eclecticismo*. Sin la adopción de una perspectiva teórica predominante no hay un marco de pensamiento sólido, coherente, que nos permita aprehender las coordenadas básicas

de la realidad. Solidez no significa desde luego rigidez, del mismo modo que flexibilidad no es sinónimo de laxitud, de endeblez.

Tal rigurosidad deberá ir acompañada, eso sí, del único antídoto conocido contra el simplismo, contra la falta de sutileza y de matices: me refiero a una cultura general tan profunda y amplia como sea posible. Y, último pero no menos importante, es menester algo que para el hombre común podría constituir un "sexto sentido", pero que para el sociólogo profesional tiene que ser el primero: una hipersensibilidad frente a los movimientos subterráneos de la historia y ante los vientos que estremecen los diferentes pisos del edificio social.

Más acá de estos grandes lineamientos, pienso que no hay recetas "concretas" que ofrecer.